



Maternidad y cultura: una reflexión en primera persona

La jerarquía entre los sexos no se refleja sólo en el poder político, o en la economía, sino también en la cultura. Las experiencias femeninas se abordan desde discursos no culturales y dominados por varones.

LAURA FREIXAS

AUTOBIOGRAFÍA CRUDA

Cuando me quedé embarazada, en 1993, hice un descubrimiento sorprendente. Hasta entonces, siendo hija de una familia (sobre todo una madre) muy lectora y educada en un excelente colegio (el Liceo Francés de Barcelona), mi vida había sido un constante diálogo entre la experiencia y la literatura, lo vivido y lo leído. Antes y después de conocer París había leído innumerables novelas situadas en París, del mismo modo que a medida que me iba haciendo mayor, iba contrastando mi vivencia del paso de los años con otras, también

innumerables, novelas que reflexionan sobre el paso de los años, o que podía comparar mi experiencia de la pareja con infinitas novelas sobre parejas, y así sucesivamente. Con toda naturalidad, pues, en ese momento de mi vida busqué novelas que hablaran de la maternidad. Y para mi estupor, no las encontré. Tampoco las revistas que leía (revistas de pensamiento, entre ellas, *Claves de Razón Práctica*) abordaban jamás, directa o indirectamente, ese tema, que sin embargo tiene evidentes dimensiones políticas, sociales o económicas. Si quería leer sobre lo que me estaba ocurriendo, si quería hallar modelos, compartir experiencias, reflexiones, emociones, escritas, no iba a tener más remedio que recurrir a libros prácticos, a la desdénada sección de “Autoayuda” de las librerías, a revistas tituladas *Tu bebé* o *Ser padres*. Nada de arte, de historia, de crítica; nada que tuviera envergadura literaria o filosófica; nada comparable a lo que para la guerra es la *Ilíada*, el *Cantar del Mío Cid* o *Viaje al fin de la noche*... Sólo ecografías, potitos y flatitos del bebé.

Simultáneamente, en la empresa en la que trabajaba –una editorial–, me encontré con reacciones que también me dejaron perpleja. Hasta entonces, yo había formado parte del grupo dirigente. Pertenece al Consejo Editorial, formado casi exclusivamente por varones, con los que mantenía una relación bastante igualitaria. Que cambió tan pronto como anuncié mi embarazo: los hombres poderosos empezaron a tratarme de otra manera. Parecían, por una parte, dolidos, como si yo les hubiera traicionado, como si hubiera estado fingiendo, engañándoles, y ahora me desenmascarase. Y a la vez parecían aliviados, como si un ser extraño, cuya indefinición causara cierto desasosiego, se hubiera decantado al fin por una identidad clara y comprensible, para tranquilidad de todos... Me empecé a sentir sutilmente excluida del estamento superior y masculino. En cambio, el estamento inferior, a saber: el grupo de las secretarías –al que hasta entonces yo apenas había tratado–, me acogió con los brazos abiertos. Me rodeaban, me preguntaban, me aconsejaban, me arropaban. Como si yo, por fin, me hubiera identificado como una de ellas.

Cuento todo esto porque estoy convencida del valor y del significado de las experiencias personales, incluso (o muy especialmente), de aquellas que por no haber recibido la sanción simbólica de los conocimientos legítimos (la ciencia, la política, la tradición literaria y artística...), no pueden expresarse de otra manera que como anécdotas, como autobiografía cruda. Expulsada –como yo misma sentí que lo estaba a raíz de mi embarazo– del mundo del poder y de la alta cultura, la experiencia femenina se ve constantemente rebajada al nivel de lo privado, de lo anecdótico, de lo irrelevante. Queremos hablar y sentimos que nuestra palabra no tiene peso, no tiene autoridad, no se escucha. Abrimos la boca y ningún sonido se registra. Ya está esa pesada contando su embarazo. ¿Esto es una revista seria o una revista de trapos y recetas?

MADRES ANGELICALES Y MADRES DIABÓLICAS

¿Era verdad esa impresión que tuve entonces de que ciertas experiencias femeninas fundamentales estaban excluidas de la literatura? Intentando obtener una visión de conjunto, consulté varios diccionarios de literatura universal. Encontré muchos personajes–tipo que se repiten en distintas épocas y países, porque corresponden a características humanas, como la avaricia, la amistad, la misantropía, el idealismo, la traición, el enfrentamiento entre hermanos, la búsqueda del padre, la relación maestro–discípulo... Era de esperar que se encarnasen indistintamente en mujeres u hombres. Pues no. Todos los avaros, traidores, idealistas, misántropos, hermanos, amigos, maestros y discípulos... de la literatura universal, por lo visto, son varones. ¿Y las mujeres? Aparecen algunas, sí, entre los personajes–tipo. Pero son poquísimas. Y además, no se definen por sus características intrínsecas, sino por su relación con los varones: la esposa difamada, la prostituta de buen corazón, la bella indiferente, la mujer fatal, la solterona, la mujer infiel... Si en vez de convertirme en madre, yo me hubiera convertido en adúltera, habría tenido muchos más modelos: desde el *Decamerón* a *Madame Bovary*, pasando por *Mañana en la batalla piensa en mí*.

¿Por qué es eso así? ¿Por qué la literatura de todos los tiempos y países, esa misma que aborda constantemente, como es lógico, las grandes vivencias humanas universales, no incluye algo tan humano y universal como es la maternidad? Por más que investigué, apenas encontré personajes maternos. Los pocos que hay suelen ser unos tipos extremos, que parecen, más que personas, idealizaciones o demonizaciones, fruto del amor o del odio de sus hijos: pienso en *La madre* de Gorki o la del *Libro de mi madre* de Albert Cohen, madres de un altruismo sobrehumano totalmente entregadas a sus hijos (y eso es lo que parece valorar el autor de ellas: que no tengan vida propia); o en el tipo contrario pero igualmente inverosímil: esas madres inhumanas, diabólicas, de la tragedia griega —Clitemnestra, Medea—, o las que nos presentan Galdós (*Doña Perfecta*), Jules Renard (*Pelo de zanahoria*), García Lorca (*La casa de Bernarda Alba*)... Descubrí por fin otro tipo de madre literaria, más creíble, más de carne y hueso, retratada generalmente en el contexto de una relación madre-hija, en libros como *Sido* de Colette, *Una muerte muy dulce* de Beauvoir, *La mala hija* de Carla Cerati, *Una mujer* de Annie Ernaux... (más adelante las habría también españolas: *Tiempo de espera* de Carme Riera, *Un milagro en equilibrio* de Lucía Etxebarria, *Con mi madre* de Soledad Puértolas, *Lo que me queda por vivir* de Elvira Lindo). Se me ocurrió reunir en una antología relatos de varias autoras españolas sobre ese tema, y así surgió *Madres e hijas* (1996). Un crítico, sin embargo, me hizo un reproche que me dejó pensativa. “Si la literatura es ficción”, me dijo, “¿por qué sólo has incluido en tu libro a autores (autoras, en este caso) que tienen una experiencia personal de aquello que van a tratar? ¿Acaso un hombre no puede imaginar una relación madre-hija?”. La respuesta, aunque me costó encontrarla, es obvia: pueden, sin duda... pero en miles de años de historia, no lo han hecho prácticamente nunca. Las obras literarias que retratan una relación madre-hija son muy pocas, muy recientes, y sobre todo, son obra de escritoras. Y es que la literatura (lo mismo que otras creaciones culturales) es de autoría masculina, y refleja las vivencias

cias masculinas (la guerra, la caza, la rivalidad entre hermanos...) o compartidas (el amor, por ejemplo), pero deja de lado aquellas que sólo las mujeres conocen de primera mano.

FEMENINO = SUBCULTURA

De todo lo anterior se podría sacar la conclusión de que bastará que haya más mujeres artífices de la cultura —escritoras, por ejemplo— para remediar la ausencia en ella de las experiencias femeninas. Mucho me temo, sin embargo, que eso es condición necesaria, sí, pero no suficiente. Voy a explicar por qué.

En primer lugar, porque la creación bebe de dos fuentes: la experiencia y la tradición. Un tema artístico no se improvisa, y de hecho, ha sido necesario que no unas pocas escritoras aisladas, sino muchas y a lo largo de mucho tiempo hayan accedido a la creación literaria, para que la relación madre—hija, por ejemplo, o la amistad / enemistad entre mujeres, o la vocación de una artista, hayan empezado a adquirir carta de ciudadanía como argumento digno de erigirse en eje de un relato. Es un proceso, por lo visto, lento, y que está solo en sus inicios: no alcanza todavía al embarazo y el parto, vivencias al fin y al cabo muy parecidas al erotismo, la enfermedad o la muerte —en el sentido de ser muy intensas física y psíquicamente y cargadas de potencial simbólico— y que sin embargo, siguen llamativamente ausentes (salvo raras excepciones) de la literatura, y de la alta cultura en general.

Están presentes, en cambio, en la subcultura. Y es que la jerarquía entre los sexos no se refleja sólo en el poder político, o en la economía, sino también en la cultura. Las experiencias femeninas, como la que nos ocupa, se abordan o bien desde discursos no propiamente culturales y dominados por varones (la ciencia, la religión), o bien desde una cultura popular y subalterna (publicidad, revistas del corazón...). De hecho, cualquier obra de una mujer, a poco que incluya emociones o relaciones personales, tiende a ser relegada, sin más trámite, a la subcultura. Por ejemplo, cuando publiqué una novela titulada *Amor o lo que sea* (2005), fui invitada a

participar en un programa televisivo en compañía de una sexóloga y un compositor de canciones de amor; un tipo de cosas que no les sucede, me parece, a los escritores varones, aunque aborden los mismos temas (ese año dos de mis colegas, Alejandro Gándara y Gustavo Martín Garzo, publicaron novelas cuyo título incluía también la palabra *amor*). Nos enfrentamos a una recepción cargada de prejuicios: un mismo producto (una novela de amor) es interpretada como alta cultura (el énfasis está en *novela*) o como subcultura (el énfasis está en *de amor*) según el sexo de su autor. Hace poco (en junio de este año) fui invitada a otro programa televisivo, también para el gran público (*Para todos la 2*, de TVE 2), cuyo tema era “Convertirse en madre”. Las tres participantes (las otras eran Diana Guerra, psicóloga, y Elixabete Ímaz, antropóloga) éramos universitarias y autoras de varios libros. Parecería más adecuado que el debate hubiera tenido lugar en el marco de otro tipo de programa. Pero la asociación entre maternidad y cultura subalterna está tan arraigada que nadie parece cuestionarla.

O CREACIÓN O PROCREACIÓN

Si la participación femenina en la cultura, especialmente en sus niveles más altos, es aún hoy tan minoritaria (las mujeres son mayoría entre los lectores y entre los licenciados en letras, pero representan sólo en torno a un 20 o 25 % de los autores españoles actuales, y un mísero 10%, o menos, entre los galardonados con los premios oficiales: Cervantes, Nacional de las Letras, Nacional de Narrativa, etc), ello se debe al menos en parte, me parece, a la desconfianza con que el patriarcado acoge los intentos de las mujeres de hacerse un lugar en ella. Virginia Woolf contaba que cuando fue a la biblioteca del Museo Británico para preparar lo que sería *Una habitación propia* y consultó el catálogo por la palabra *mujer*, sufrió “cinco minutos, uno por uno, de estupefacción”: había encontrado miles de fichas correspondientes a otros tantos libros consagrados a la mujer o las mujeres, desde todos los puntos de vista –antropológico, biológico, ético, teológico o histórico–, todos ellos escri-

tos por hombres. No existían, en cambio, libros sobre los hombres escritos por mujeres. Y es que como explica Michèle Le Doeuff, todo conocimiento requiere un sujeto y un objeto, y aunque no hay ningún motivo intrínseco para que el sujeto sea masculino y el objeto femenino, así ha sucedido históricamente. En la misma línea, una de las dicotomías que está en la base de la cultura patriarcal, junto con las consabidas *razón (masculina) / emoción (femenina)*, *mente (masculina) / cuerpo (femenino)*, *cultura (masculina) / naturaleza (femenina)*..., es la (no menos arbitraria) que atribuye a los hombres en exclusiva la creación de obras del espíritu, mientras que a las mujeres les permite únicamente la creación de seres de carne y hueso. Como bien ha visto Christine Planté, el hecho de que una mujer escriba cuestiona la distribución de roles, reales y simbólicos, entre los sexos.

El intento de algunas mujeres de acceder a la alta cultura ha sido recibido tradicionalmente con una hostilidad verdaderamente llamativa. Véase el sarcasmo de Quevedo contra la *culta latiniparla*; o cómo Molière carga contra *Las mujeres sabias*; o el calvario sufrido por Sor Juana Inés de la Cruz; o los agresivos retratos de poetisas que hallamos en muchos textos modernos (por ejemplo en *Mort de dama*, de Llorenç de Villalonga...). Pensemos en el refranero (“mujer que sabe latín, ni tiene marido ni tiene buen fin”), observemos el proceso por el que palabras que designan a mujeres cultas se convierten en peyorativas –*poetisa, bachillera*...–; analicemos detalles reveladores, como el que para indicar que una mujer es poco atractiva, se la representa con gafas.

¿Todo eso, en el fondo, por qué?... Démosle la palabra al novelista Juan Valera. Cuando Emilia Pardo Bazán quiso ingresar en la Real Academia Española, Valera –que era académico– publicó un panfleto anónimo, titulado *Las mujeres y la Academia* (1891) oponiéndose a su pretensión. Y he aquí su principal argumento: “Las mujeres tienen otros destinos más importantes y grandes que cumplir sobre la tierra”, a saber: ser “nodriza para el niño, instrumento de deleite para el mozo y paciente enfermera para la cansa-

da y sucia senectud”. Se le agradece la sinceridad. Aunque él mismo parece temer haberse ido de la lengua, pues enseguida añade: “Quizá no faltará quien exclame con enojo: ¿Con que esos grandes e importantes destinos que a la mujer concedes, se reducen a dedicarla a tu servicio y regalo doméstico?”, a lo que se apresura a contestar: “¡Cuánto yerra la mujer que discurre así! ¿Cómo no ve la poesía y la noble elevación...?”, etcétera, etcétera. Y concluye: “La mujer que es buena madre de familia me interesa y agrada mil veces más que una académica.”

De esto hace más de un siglo. Pero la prevención contra el acceso de las mujeres a la cultura, la desconfianza con que se contempla —como algo “ilegítimo y amenazador”, dice Michèle Le Doeuff—, sigue viva. Los ejemplos (confieso que vengo coleccionándolos, con cierto regodeo morboso, desde hace más de veinte años) abundan. Así por ejemplo un crítico afirma:

“Waltraud Anna Mitgutsch no escribe mal, pero su prosa bordea siempre la línea semiborrada que separa la buena literatura de lo que suele llamarse ‘literatura de mujeres.’” (Miguel Sáenz, *Diario 16*, 6–9–90)

Otro aduce:

“Lara [editor de Planeta] debe tener una encuesta de nombres conocidos por el gran público y aplica el baremo, la cuota de pantalla y suma el resultado al perfil de novela que dicen gusta en sociedad, sobre todo en el ámbito femenino —las damas leen más— según el cual el relato ha de ser delicado, con encaje, intimismo, sentimiento, cursilería, mucho atardecer, lluvia tras los cristales y una depresión de caballo, y ya tenemos el retrato robot del auto premiado. [...] La fuerza, la buena literatura, la cruda realidad, la vida misma, ya no se lleva en la literatura de los premios. [...] Como si la literatura fuera un bálsamo o plumero para quitar el polvo a las marujas de clase media.” (Aurora Pavón, *El Mundo*, 17–10–96)

Alguno va más lejos y aporta su granito de arena lingüístico, creando un neologismo, al proceso de descrédito de lo femenino:

“Su novela [*Pequeñas infamias*, de Carmen Posadas] es un centón, una muy astuta taracea bien dosificada de todos los tópicos (en su más alto sentido retóri-

co) exigibles para convertir su texto en un éxito de ventas y lectoras [sic]. (...) Si hace años la sagacidad de Lara puso de moda en nuestro país la novela histórica y el reportaje periodístico y la crónica testimonial (...) desde hace un lustro más o menos estaba acechando, con su infalible ojo clínico, el amplio mercado de la novela femenil (...) en la que decaen hasta escritores de verdad (véanse las últimas novelas de Martín Gaité o Almudena Grandes)...” (Ángel García Galiano, *Revista de libros*, diciembre de 1998)

“Salvadas algunas torpezas expresivas, el estilo de Clara Sánchez se ajusta a la materia novelada y sobre todo a la voz de su protagonista narrador. Esta adecuación no era fácil de conseguir, pero Sánchez acierta y la lleva a cabo. En este sentido aporta un pequeño disentimiento o quizá no tan pequeño, a cierta poética ginocéntrica, muy en boga, que limita, si no clausura, el alcance de la realidad humana.” (Miguel García Posada, *El País*, 29-4-00)

Terminaré con una reseña que firma nada menos que Juan Go-tisolo, y que es interesante por su insistencia en exigir, explícitamente, a una inofensiva novelista que borre su pecado original de ser mujer y renuncie a lo femenino como antes se renunciaba a Satanás, a sus obras y seducciones, si quiere que se le conceda el mismo estatus al que un hombre tiene derecho, suponemos, con el simple acto de escribir:

“La autora de *Deja que la vida llueva sobre mí* no escribe obras femeninas ni reivindicativas. Tampoco novelas de temática previsible ni productos de venta fácil. No asume identidad alguna, ni siquiera la del “segundo sexo”. (...) Nuria Amat quiere ser, y es, escritora a secas.” (*El País*, *Babelia*), 29-3-08)

LA MATERNIDAD, CLAVE DE BÓVEDA

Y vuelvo a lo autobiográfico. Una vez, cuando era estudiante, discutiendo con un antiabortista, éste me dijo algo que me influyó, creo, a pesar mío. Yo argumentaba que es inhumano obligar, so pena de cárcel, a ser madres a mujeres que no lo desean, y él, encogiéndose de hombros, me contestó: “Pero luego están muy contentas”.

La sociedad moderna modela a los varones como seres solitarios, competidores en una selva de asfalto en la que el hombre es un lobo para el hombre. Tal situación les resultaría difícilmente soportable si no les ayudaran las mujeres, resolviéndoles la intención, mediante el trabajo doméstico no pagado, y asegurándoles

además el apoyo emocional, pues han sido entrenadas para el cuidado, la empatía, el mantenimiento de las relaciones personales (como bien ha visto Almudena Hernando). Es comprensible que exista un gran interés en mantener este statu quo por parte de sus beneficiarios. Para poner el ejemplo más crudo: ¿cuánto cuesta el cuidado de una persona enferma o dependiente, que necesita una atención de veinticuatro horas al día, siete días por semana? Si lo hacen profesionales contratados, miles de euros. Si lo hace un cuidador (es decir, casi siempre, una cuidadora) familiar, 400 al mes (cantidad que el gobierno del PP acaba de rebajar en un 15 %, suprimiendo además la cotización a la Seguridad social que iba a cargo del Estado). La “poesía” y la “noble elevación” tan alabadas por Valera salen baratas... Pero ¿por qué lo aceptan las mujeres? Sin duda porque es tentador creer que la pasividad, la sumisión, la aceptación de un destino decidido por otros (esa es al fin y al cabo la historia de María, modelo fundamental ofrecido a las mujeres desde hace dos mil años), nos hará felices. Y la cultura popular contribuye poderosamente a ello. Desde los edificantes reportajes sobre técnicas de reproducción asistida (que siempre acaban con una maternidad descrita como feliz, sea cual sea el precio pagado) hasta la apoteosis de figuras como Isabel Preysler o *Tita* Cervera, la cultura popular presenta una visión idílica de la mujer que cumple su rol tradicional, y muy especialmente de la maternidad. Ésta es el hito a partir del cual los hombres y mujeres, a menudo tras una etapa juvenil igualitaria, asumen los papeles convencionales (como señala Elixabete Ímaz), y constituye sin duda la clave de bóveda de la condición femenina.

A todo esto, evidentemente, le falta un contrapeso: las voces de las propias mujeres. Pero no en cualquier contexto, sino con el espíritu crítico que proporciona una educación, y arropadas por la autoridad que sólo la alta cultura puede darles. A falta de tales voces –a falta de ensayos y novelas sobre la maternidad–, yo me tuve que conformar con la de mi madre. Que agradezco, sobre todo porque fue capaz de decirme, tranquilamente: “Los niños me cansan y

me aburren”. Comprobar que se puede ser una buena madre, como ella, sin entregarse a la maternidad en cuerpo y alma –nunca dejó de trabajar, de estudiar, de viajar, por sus hijos–, sin renunciar a la propia vida, sin ser una madrecita de cuento de hadas, me ha servido de antídoto contra ese ideal imposible, pero tan poderoso, de la madre que pase lo que pase siempre estará contenta.

Espero, en fin, haber explicado suficientemente la importancia vital de que escritoras, artistas, intelectuales, periodistas, cineastas o dramaturgas aborden cada vez más, con franqueza y sin complejos, la representación –que por el momento, a falta de tradición, tendrá que ser ante todo autobiográfica– de las experiencias femeninas.



Laura Freixas es escritora. AUTORA DE LAS ANTOLOGÍAS *MADRES E HIJAS* Y *CUENTOS DE AMIGAS*, EL ENSAYO *LITERATURA Y MUJERES*, Y VARIAS NOVELAS: *AMOR O LO QUE SEA* Y *LOS OTROS SON MÁS FELICES*, ENTRE OTRAS.

PRESEDE LA ASOCIACIÓN CLÁSICAS Y MODERNAS PARA LA IGUALDAD DE GÉNERO EN LA CULTURA (WWW.CLASICASYMODERNAS.ORG).

BIBLIOGRAFÍA:

- CABALLÉ, ANNA:** *Una breve historia de la misoginia (antología y crítica)*, ed. Lumen, Barcelona, 2006
- CHADWICK, WHITNEY Y DE COURTIVRON, ISABELLE (EDS):** *Los otros importantes (Creatividad y relaciones íntimas)*, ed. Cátedra, Madrid, 1994
- DAVEY, MOYRA (ED.):** *Maternidad y creación*. Alba Editorial, Barcelona, 2007
- FRANCO RUBIO, GLORIA (ED.):** *Debates sobre la maternidad desde una perspectiva histórica (siglos XVI–XX)*, ed. Icaria, Barcelona, 2010
- FREIXAS, LAURA:** *Literatura y mujeres*, ed. Destino, Barcelona, 2000 *La novela femenil y sus lectoras*, ed. Universidad y Diputación de Córdoba, 2009
- GARCÍA DE LEÓN, MARÍA ANTONIA:** *Élites discriminadas*, ed. Anhorpos, Bogotá, 1994
- HERNANDO, ALMUDENA:** *La fantasía de la individualidad (sobre la construcción socio-histórica del sujeto moderno)*, ed. Katz, Buenos Aires, 2012
- ÍMAZ, ELIXABETE:** *Convertirse en madre (Etnografía del tiempo de gestación)*, ed. Cátedra, Madrid, 2010
- LE DOEUFF, MICHÈLE:** *Le sexe du savoir*, Alto/Aubier, París, 1998
- MATAIX, VIRGINIA:** *Maternidades*, ed. Planeta, Barcelona, 1998
- MEYER SPACKS, PATRICIA:** *La imaginación femenina*, Debate, Madrid, 1980
- PLANTÉ, CHRISTINE:** *La petite soeur de Balzac (Essai sur la femme auteur)*, Seuil, París, 1989
- RICH, ADRIENNE:** *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*, ed. Cátedra, Madrid, 1996
- VIOLI, PATRIZIA:** *El infinito singular*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1991
- WOOLF, VIRGINIA:** *Un cuarto propio*, Alianza, Madrid, 2005, y otras.) – *A Woman's Essays*, Penguin, Londres, 1992
- ZAVALA, IRIS (COORD.):** *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*
- I. *La literatura escrita por mujer (De la Edad Media al siglo XVIII)*, Ed. Anthropos, Barcelona, 1997
- II. *La literatura escrita por mujer (Del siglo XIX a la actualidad)*, Ed. Anthropos, Barcelona, 1998
- III. *La mujer en la literatura española (Del siglo XVIII a la actualidad)*, Ed. Anthropos, Barcelona, 1996
- IV. *Teoría feminista: discursos y diferencia*, Ed. Anthropos, Barcelona, 1993